



REFLEXIONES SOBRE HISTORIA E INTERDISCIPLINA

Planteamientos teóricos,
metodológicos y estudios de caso

Graciela Bernal Ruiz
Coordinadora

50
AÑOS
HISTORIA50
AÑOS
HISTORIA

Los trabajos que se presentan en este libro son, casi en su totalidad, producto de las reflexiones y experiencias de profesores que forman parte del Núcleo Académico Básico de la Maestría en Historia (Estudios Históricos Interdisciplinarios) de la Universidad de Guanajuato. Teniendo como eje articulador de reflexión la interdisciplina, base del posgrado enunciado, este libro busca crear espacios de discusión entre investigadores de distintas áreas de las Ciencias Sociales y Humanidades, que den pauta para la construcción de metodologías encaminadas a analizar y esclarecer de una mejor manera las distintas dimensiones de la compleja realidad social. Es a través de la suma de esfuerzos, y no de otra manera, que entendemos podrá lograrse el avance de un diálogo entre disciplinas que ha estado pendiente.

ISBN: 978-607-441-215-4



9 786074 412154

Queda prohibida la reproducción o transmisión total o parcial de esta obra y sus características bajo cualquiera de sus formas, electrónica o mecánica, sin el consentimiento previo y por escrito del editor.

Primera edición, 2012

DR© Los autores de los textos

DR© De la presente edición:

Universidad de Guanajuato

Lascuráin de Retana núm.5

Zona, Centro. C.P. 36000

Guanajuato, Gto.

Producción:

División de Ciencias Sociales y Humanidades, Campus Guanajuato

Formación y corrección: Marevna Gámez Guerrero

Cuidado de la edición: Graciela Bernal Ruiz y Marevna Gámez Guerrero

Ilustración y diseño de portada: Christian Iván de Jesús Zárate Gutiérrez

ISBN: 978-607-441-215-4

Impreso y hecho en México

Printed and made in México

Índice

Presentación	
Graciela Bernal Ruiz	9
PRIMERA PARTE: LOS PLANTEAMIENTOS	
Géneros de frontera entre la historia y la literatura. Un espacio obligado para el trabajo interdisciplinario	
Ana María Alba Villalobos	19
Un espacio abierto: la interdisciplina en algunas corrientes historiográficas del siglo XX	
Graciela Velázquez Delgado	47
La historia cultural o el impio de la hermenéutica	
Arturo Soberón Mora	75
Arqueología, historia e interdisciplina	
Francisco Javier Martínez Bravo	97
SEGUNDA PARTE: ESTUDIOS DE CASO	
El cuento maravilloso de los orígenes capuchinos. Un análisis interdisciplinar sobre la invención de la tradición	
Anel Hernández Sotelo	113

- Pocock, J.G. A., *El momento maquiavélico. El pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica*, Madrid, Editorial Tecnós, 2002.
- _____, *Historia e Ilustración. Doce estudios*, Madrid, Marcial Pons Ediciones, 2002.
- Rioux, Jean-Pierre y Jean-François Sirinelli, *Para una historia cultural*, México, Taurus, 1998.
- Ute, Daniel, *Compendio de historia cultural. Teorías, práctica, palabras clave*, trad. de José Luis Gil Aristu, Madrid, Alianza Editorial, 2005.
- Wagner, Fritz, *La ciencia de la historia*, trad. de Juan Brom, México, UNAM, 1958.
- White, Hayden, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, Stella Mastrangelo trad., México, FCF, 1992.
- Wolfe, Alan, "La cultura de los estudios culturales", en *Historias 40*, abril-septiembre, 1998, pp. 13-20.

Arqueología, historia e interdisciplina

Francisco Javier Martínez Bravo¹

Entre la arqueología y la historia² existe un debate entre dos discursos sobre el pasado de la humanidad, y es el que se plantea al inicio del presente trabajo; no obstante, la mayor parte del texto se refiere a la esencia histórica de la primera, a su pertenencia al conjunto de las ciencias que estudian el pasado más remoto y que conforman nuestras nociones actuales sobre éste.

La obra *Historia antigua de México*, coordinada por Linda Manzanilla y Leonardo López,³ ha devenido en una publicación fundamental en el conocimiento y discusión sobre el pasado prehispánico de nuestro país. La práctica totalidad de los autores de esa obra se desempeñan actualmente en el área de la arqueología como investigadores, cuyas contribuciones aquí compiladas son referencia obligada para docentes e historiadores del México precolombino.

¹ Arqueólogo (*Bachelor of Arts* y *Master of Arts*) por la Universidad Estatal de Voronezh, Federación Rusa; estudia el Doctorado en Artes, de la Universidad de Guanajuato. Actualmente es profesor del Departamento de Historia de la Universidad de Guanajuato y es miembro del Cuerpo Académico de Estudios Históricos.

² A lo largo del presente ensayo nos referiremos indistintamente a la arqueología y a la historia como ciencias o como disciplinas, sin que esto implique consideraciones más allá de la enunciación de dos de las llamadas ciencias *blandas*.

³ Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (coords.), *Historia antigua de México*, (Vols. I-IV), Miguel Ángel Porrúa (ed.) Conaculta-INAH/IIA-UNAM/Porrúa, 2ª edición, México, 2001.

La arqueología como historia de la cultura material, al igual que la historia documental, poseen un objeto común, el pasado que guarda los antecedentes o causas de la vida presente. Divergen, sin embargo, a propósito de sus fuentes.

Objeto y materia de dos ciencias sobre el pasado

En el primer caso, tenemos una ciencia entendida como campo de cultivo de una interdisciplina cuyas fronteras resulta complicado definir. En sentido estricto, la arqueología estudia, interpreta y explica las sociedades pretéritas a partir de los objetos materiales o las huellas que aquéllas han dejado sobre el suelo, enterradas en el subsuelo o dentro del agua, y ese estudio lo lleva a cabo empleando su propio complejo de herramientas conceptuales, teorías, métodos y técnicas.

En esta definición estrecha omito aspectos relevantes de la investigación arqueológica, como las relaciones causales existentes entre dichos objetos o huellas, en las diferentes escalas: los rasgos que componen un contexto de enterramiento concreto, por ejemplo, o las diferentes estructuras que integran una composición arquitectónica, o incluso los diferentes sitios de la misma temporalidad en una región determinada.

¿Cuáles fueron las relaciones culturales, históricamente cambiantes, de los elementos de un todo? A esta pregunta se ha respondido desde diferentes disciplinas, debido a que la evidencia arqueológica es tanto más escasa cuanto mayor sea la antigüedad de ésta.

Las relaciones que tuvieron las partes entre sí han sido vislumbradas y expuestas, con frecuencia, a partir de los estudios etnográficos, que registran prácticas culturales en ámbitos similares, pero en el marco de sociedades tradicionales vivas. Las actividades de subsistencia o de uso de los espacios construidos también son

inferidas a partir de la evidencia arqueológica vista desde la etnoarqueología, la antropología social, la teoría de la arquitectura o incluso la arqueología experimental. Esto es resultado de la complejidad inherente a las relaciones sociales, tanto en el presente como en el pasado, y a su vez plantea la imperiosa necesidad de definir la arqueología como una ciencia incluyente, interdisciplinaria, puesto que en ella la recurrencia al auxilio de las disciplinas más diversas no es la excepción, sino la norma. El registro arqueológico es un producto de la actividad cognitiva en el presente; posee una dinámica distinta del pasado como tal. El primero constata hechos pretéritos, el segundo está constituido por procesos irrecuperables como tales. El primero requiere trascender ese carácter relativamente estático para mostrar las causas y los efectos del segundo en su complejidad dinámica, dialéctica.

En el caso de la historia documental, hacemos el mismo esfuerzo por comprender el pasado, y en ese empeño manipulamos y analizamos documentos escritos que con frecuencia han sido elaborados en diversas épocas por políticos, economistas o juristas, contadores o administradores, urbanistas o arquitectos, planificadores o inspectores, jefes de estado o representantes populares, patronos o miembros de sindicatos, autores de epístolas intimistas, etcétera. La mayoría de ellos no poseían formación de historiadores, mas esa circunstancia no ha sido obstáculo para que el historiador acceda a los contenidos, los contraste, discrimine y sistematice, reconstruya los contextos, comprenda las causas y con base en ello explique los cambios sociales mediante textos que integren los datos en relatos coherentes con las fuentes.

El oficio del historiador presupone la suficiente comprensión y manejo de los diferentes discursos disciplinares, a pesar de que en la currícula de la formación del historiador no siempre encontramos los cursos correspondientes. Sería por ello deseable que la interdisciplina fuera asumida por nosotros como una realidad objeti-

va, para la que es menester formarse sistemáticamente. Si bien hoy por hoy es difícil concebir que la carrera de historiador incluya un curso separado sobre la interdisciplina, más difícil resulta concebir que pudiera cursar asignaturas de todas las disciplinas que habrá de requerir en sus actividades de investigación. Estos aspectos de la formación y de las herramientas del historiador se adquieren parcialmente en los cursos de historiografía, aunque no es garantía de su más adecuado manejo. La práctica, por su parte, así como la socialización del oficio del historiador en las universidades y centros de investigación, en los colegios y coloquios, hacen el resto.

Esta interdisciplinariedad puede asumirse intuitivamente o, por el contrario, podemos asumir de manera consciente que la complejidad del proceso histórico nos obliga a aproximarnos a él de manera holística, es decir, interdisciplinaria. Y ésta es una coincidencia más de nuestras dos ciencias del pasado, que, como es sabido, tienen un mismo objeto de estudio.

La conducta humana, que podríamos considerar, de manera simplista, como objeto de estudio clínico de psicólogos, es observable en el pasado antiguo mediante las huellas arqueológicas que son, a su vez, producto de regularidades en el comportamiento, como los patrones de enterramiento o los patrones de asentamiento, las rutas de circulación en una región entera, en un sitio o en una vivienda.

Convergentes en su esencia, la arqueología y la historia al mismo tiempo divergen en enfoques. En México, la primera es una ciencia antropológica, mientras que en Europa es impartida en las facultades de Historia, lo cual implica un cierto conjunto de conceptos y posiciones teóricas particulares. Dadas las coincidencias esenciales que he mencionado arriba, me parece que las diferencias disciplinares e incluso paradigmáticas resultan ser secundarias: en arqueología, el empleo de numerosas técnicas de las ciencias naturales y exactas para acceder a las huellas materiales del pasado, para

fecharlas, analizarlas y sistematizarlas no despoja esta evidencia de su naturaleza histórica.

La ausencia de fuentes escritas no justifica que la etapa inicial de la vida de la humanidad sea considerada un periodo intrascendente de la historia. Es costumbre, sin embargo, denominarla prehistoria, anterior a la historia plena, como si se tratase de una parte jerárquicamente inferior, subvaluada, inacabada, del proceso histórico o de la historia como disciplina.

Del mismo modo que la llamada prehistoria es objetivamente una parte del todo que es el proceso histórico, la arqueología constituye en sí un componente orgánico de la historia como ciencia, en virtud de que "el criterio fundamental de la sistematización de las ramas del conocimiento es su clasificación según el objeto de estudio, y no según algunas particularidades epistémicas de la ciencia".⁴

La arqueología es la ciencia que nos ha dado la primicia de conocer los orígenes de muchos de los aspectos fundamentales de nuestra vida contemporánea, como las herramientas y la vivienda, el manejo del fuego, la agricultura y la cerámica, el vestido, las artesanías y el simbolismo, las ciencias y la religión. Las piedras fundacionales de todos estos procesos fueron puestas en una época preliteraria, a la que teórica y prácticamente sólo la arqueología tiene acceso. Por lo tanto, hablar de los orígenes de la cultura es hablar de los logros de la arqueología. Algunas preguntas fundamentales han sido respondidas por la arqueología con base en evidencia material: el origen del hombre, de la diversidad genética⁵

⁴ Valerii Pávlovich Alexéiev y Abram Isaakovich Pérshtis, *Historia de la comunidad primitiva*, Moscú, Escuela superior, 1990, p. 4, (en ruso, traducción de E. Javier M. Bravo).

⁵ Haciendo eco de la reticencia a emplear el término raza para abordar la diversidad de rasgos biológicos en los grupos humanos, debo reconocer que se carece de un concepto equivalente, que siendo de manejo práctico, no contenga las deleznable reminiscencias racistas del primero.

de la humanidad, de la desigualdad de género, de la jerarquización social, del estado. Por lo anterior, considero que sin la arqueología es imposible comprender la historia de la humanidad, puesto que esta disciplina establece, entre otras cosas, "hechos históricos de gran envergadura y de escala mundial".⁶

Ciertamente la arqueología en México es también antropología, en la medida en que contribuye a comprender los procesos históricos que llevaron a los pueblos indígenas, junto con su cultura, a la condición en que viven en la actualidad. La arqueología es referente ineludible en las políticas indigenistas de nuestro país.

Coincidentes en su esencia, divergentes en su discurso

Unidas como están por su objeto de estudio, estas disciplinas al mismo tiempo han desarrollado lexicones propios. Así pues, es infrecuente que un arqueólogo emplee conceptos y nociones como repositorio, heurística, contrastación de fuentes, etcétera. Asimismo el historiador normalmente no realiza prospecciones ni pozos ni calas, tampoco lleva a cabo excavaciones extensivas ni dibuja reconstrucciones hipotéticas; no busca establecer relaciones estratigráficas entre sus hallazgos ni asociaciones culturales entre los restos de estructuras antiguas desenterradas.

En los corros de arqueólogos se comenta que, cuando un historiador desea poner énfasis en la veracidad de sus aseveraciones afirma: "está comprobado arqueológicamente". Entre los historiadores es frecuente referirse a sitios "inventados" por los arqueólogos,

⁶ Anatoli Ivánovich Martynov, *Arqueología*, Moscú, Escuela superior, 1996, pp. 6-7 (en ruso, traducción de E. Javier M. Bravo). Provoca una sonrisa la constatación de que es notorio el afán de los arqueólogos por establecer "las primeras veces", como se hace notar en Wenke, Robert J., *Patterns in prehistory, humankind's first three million years*, Nueva York, Oxford university press, 1990, p. 10.

significando con ello que un sitio o monumento antiguo ha sido intervenido excesivamente, con lo que su interpretación estaría lejos de la verdad histórica.

En ambos casos podríamos admitir, con ciertos límites, que existen elementos de verdad para considerar dignas de ser tomadas en cuenta esas críticas jocosas. Pero sobre todo se observa la mutua incompreensión de la labor del otro. La forma en que unas fuentes y otras contienen la información sobre el pasado determina los enfoques, las herramientas y las actitudes de arqueólogos e historiadores hacia la materia de su estudio. Martynov y Sher (1989), a mi modo de ver, muestran con claridad estas formas, cualitativamente distintas, de contener la información.

La escritura, mencionan, fue concebida para conservar y transmitir información, y su destinatario resulta ser una circunstancia secundaria respecto de esta verdad. Que su contenido haya sido plasmado en sentido directo o indirecto, para sus coetáneos o para la posteridad, también es un asunto secundario, lo mismo que las propiedades físicas de los medios en que el texto fue realizado: papel, papiro, pergamino, arcilla, piedra, etcétera.

La investigación de un monumento arqueológico inicia no en el ámbito de la comunicación verbal, sino en el de las propiedades morfológicas, físicas y materiales de los objetos. Durante sus excavaciones o estudiando las colecciones, el arqueólogo nada puede leer, dado que los objetos no estaban destinados a transmitir información en ese sentido. En esto consiste la principal diferencia entre los monumentos materiales y los escritos. Al estudio de un texto antiguo podemos volver un número ilimitado de veces; el documento por este motivo no cambia. Pero el principal método de investigación del arqueólogo es la excavación, que conlleva, para el monumento, transformaciones irreversibles e incluso su

⁷ Por "monumento" los autores entienden todo vestigio significativo del pasado, aun si éste no ha sido estudiado.

destrucción. Empleando la analogía con un documento, diríase que la fuente puede ser "leída" solamente una vez. Pero habiendo iniciado en el ámbito de las propiedades físicas de los objetos, el arqueólogo seguidamente se traslada al lingüístico [en sus notas y bitácoras de campo, informes, cartotecas, etcétera] y a estos materiales es posible regresar en múltiples ocasiones, como a una fuente escrita. De este modo, los conceptos "monumento arqueológico" y "fuente arqueológica" resultan no ser idénticos.⁸

Sumando diferencias, cabe notar que, mientras que para la historia documental un hecho individual puede llegar a constituir la causa de fenómenos de gran escala, para la arqueología, en cambio, los hechos individuales resultan intrascendentes y carecen del valor cognoscitivo de los actos repetidos. No dudamos, especialmente si lo hemos vivido en carne propia, que un gran hallazgo, único por su originalidad, puede inflamar de gozo el corazón del arqueólogo que lo realiza, mas la arqueología es, a pesar de ello, patrones.

Compartir códigos es posibilitar el diálogo

Ambas disciplinas enfrentan el reto de hacer inteligible la información que sobre el pasado contienen sus respectivos hallazgos: ambas deben construir sus fuentes, pues ni en las escritas ni en las arqueológicas dicha información se encuentra en estado acabado; más bien, el especialista la urde en su quehacer profesional, en virtud de que prácticamente ni los documentos ni los objetos son explícitos sobre el pasado, en el sentido de que nos mostrasen conocimiento verídico como un sistema de hechos históricos evidentes.

Ambas enfrentan con cierta perplejidad lo complejo de la exis-

⁸ Anatoli Ivánovich Martynov y Yákov Abrámovich Sher, *Métodos de la investigación arqueológica*, Moscú, Escuela superior, 1989, p. 19; (en ruso, traducción de F. Javier M. Bravo).

tencia humana. Acerca de las fuerzas causales del ser, tanto la arqueología como la historia revelan su carácter dubitativo; y este mismo carácter, que podríamos imaginar pusilánime, es justamente la fuente de su diversidad teórica y metodológica: constituye su fortaleza porque de ese modo la reflexión y el conocimiento históricamente se desarrollan, se ramifican y expanden.

La complejidad a que me refiero parece ser creciente. Sin perder de vista el poco probable riesgo de caer en una posición lineal, evolucionista, considero que el surgimiento del pensamiento simbólico, hace unos 30 mil años, marca el *big bang* que devino densa nube de procesos de diferente índole. A partir de entonces tenemos cada vez más indicios de que la conducta humana responde en igual medida al mundo real y al mundo percibido.

Las llamadas artes del paleolítico superior, como figurillas femeninas marcadas por la esteatopigia, los collares y brazaletes de conchas y otros materiales, las pinturas rupestres y petrograbados son (en ello existiría una especie de consenso, independientemente de la posición teórica del observador especializado) evidencia de que ese mundo material de la mera sobrevivencia se añadió en un momento histórico el vastísimo universo de lo imaginado.

Pero, ingenuidades aparte, ni siquiera para el periodo anterior, del paleolítico medio o en el inferior, existen afirmaciones categóricas sobre las causas concretas del modo de vida de los homínidos y su cambio en el espacio y el tiempo.

Sobre la esencia de la arqueología

Importantes arqueólogos, cuya obra es referencia obligada al discutir los métodos de la arqueología, argumentan que lo principal en el proceso de investigación es la excavación. Uno de ellos es el italiano Andrea Carandini, cuyo manual de excavación es difícil sobrestimar. No es de esperarse una actitud crítica hacia la excava-

ción en un autor de semejante manual. Dice: “Hay quien piensa, especialmente entre los historiadores del arte, que no se debería excavar más, limitándose a conservar y conocer lo que se halla a la vista. Es como decirle a alguien: ‘reordena tu memoria y no aprendas más’. [...] ¿Qué sentido tiene para nosotros una ruina entendida acumulativamente y, por lo tanto, superficialmente?”⁹

Los motivos de Carandini para defender la excavación son realistas, basados en su praxis a lo largo de décadas, en las que ha podido demostrar lo indispensable que es hoy ese recurso metodológico y técnico. Hace relativamente poco tiempo, en un artículo de divulgación, esbocé mi idea al respecto, destacando el deseo de que un día fuese posible conocer el pasado arqueológico sin recurrir a la excavación.¹⁰

No discuto esas ideas de Carandini; lo que he mencionado — en lo que podría parecer mi proto-manifiesto en contra de la excavación — es una preocupación por el patrimonio como legado de nuestros antepasados y nuestro a quienes heredarán de nosotros el mundo entero. Además, en esa nota al pie manifiesto mi absoluta convicción de que, por la naturaleza misma del conocimiento científico en general y del arqueológico en particular, las futuras generaciones de arqueólogos sin duda tendrán la formación y las condiciones materiales para observar mejor que nosotros, para registrar más minuciosamente y, en suma, para ser mejores profesionales. A ellos corresponderá investigar muchas cosas, entre las cuales estarán las que nosotros no deberíamos tocar hoy para que lleguen a ellos así, intactas.

⁹ Andrea Carandini, *Historias en la tierra, manual de excavación arqueológica*, Barcelona, Crítica, 1997, pp. 21-22.

¹⁰ Francisco Javier Martínez Bravo, “El patio hundido en la arqueología de Guanajuato: del concepto estático a la categoría histórica”, *Boletín del Archivo histórico municipal de Irapuato*, núm. 3, Irapuato, 2009, pp. 109-125.

Con este enfoque, en la Universidad Estatal de Voronezh, en la Federación Rusa, las expediciones arqueológicas en las extensas necrópolis de kurganes¹¹ de los bosques y estepas siempre dejan sin excavar, para la posteridad, la mitad de los túmulos. Me parece que es una actitud ética loable, entre otras razones, porque muestra una humildad responsable por parte del investigador ante la abrumadora trascendencia del patrimonio arqueológico. La observación, el registro, el control de la excavación son limitados; en ellos es admisible el error humano. Pero la pérdida de información no tendría que ser, como en Carandini, una especie de daño colateral previsible, sino siempre debería ser una pérdida que es deseable evitar. En la investigación arqueológica, como en los movimientos sociales, la utopía es un imperativo ético.

Y sí, comparto con mi antiguo y entrañable profesor de teoría arqueológica, Don Manuel Gándara Vázquez, la conciencia de que excavar destruye, como el propio Carandini espeta: “Si se quiere conocer todo hay que excavarlo todo, por lo que cada evidencia resulta devorada por [el] propio desco de comprenderla.” (p. 22).

De hecho, conocí la misma actitud crítica hacia la excavación en mis profesores de licenciatura, en la Unión Soviética, quienes hablaban de la excavación como de la lectura de las páginas de un libro, cuyas hojas arrancaríamos al haberlas concluido, y no sólo las arrancaríamos sino además las quemaríamos, en un proceso irreversible. Así es la excavación: del significado de los contextos se conserva tan sólo lo que el registro guarde; lo que hayamos podido observar y anotar. Y lo que podemos observar y anotar siempre dependerá, en gran medida, de la teoría, de la formación que tengamos. Por ejemplo, en la arqueología tradicional (fascinada por los Estados e Imperios con mayúscula) se destacaba sobre todo la

¹¹ Kurgán: montículo o túmulo funerario reusado por sucesivas generaciones de pastores nómadas de Eurasia, posiblemente indoiranios. En el plural castellano es escrito kurganes o kurganos.

monumentalidad, pero en la arqueología marxista la atención se concentraba en las actividades productivas, y en la llamada nueva arqueología estadounidense destacaba la vida cotidiana en la escala doméstica. Con esa teoría contamos. Un día, probablemente, del arqueólogo de hoy se podrá decir, como a propósito de cierto personaje escribió el poeta español Antonio Machado: y un poco de todo lo fue sin querer.

Ni arqueografía ni sobreinterpretación

Afirma Christopher Beekman: "muchos arqueólogos se han limitado a los detalles de la descripción y clasificación de artefactos en vez de desarrollar un mejor entendimiento del vínculo entre las civilizaciones históricamente documentadas y los datos arqueológicos".¹²

Describir y clasificar es lo que podría llamarse arqueografía. Ésta, a diferencia de la arqueología, no consigue integrar la diversidad disciplinar de los proyectos arqueológicos en un discurso interdisciplinario, fluido y coherente acerca del pasado antiguo. La arqueografía se traduce en descripciones separadas como unidades ontológicas sin ligas con el todo y por ello es rebasada por la complejidad.

Beekman propone un diálogo interdisciplinario de la historia con la arqueología. A lo largo de la obra señalada muestra eficientemente las posibilidades de ese diálogo. Con su ayuda puede plantearse la construcción de una explicación acerca del funcionamiento del poder político en las sociedades jerarquizadas. No es sociología, aunque el enfoque sociológico se percibe en la idea de hegemonía que desarrolla; no es sólo historia, si bien considera

¹² Christopher Beekman, "Los estudios de caso históricos y su contribución al estudio arqueológico de los 'sistemas políticos'", *Relaciones*, El Colegio de Michoacán, núm. 82, vol. XXI, primavera 2000, p. 19.

una herramienta aceptable y hasta descabale para el arqueólogo la historia documental de casos hartamente ilustrados por fuentes escritas. En términos generales, si las hipótesis construidas a partir de las fuentes documentales son congruentes con la realidad material excavada, tenemos entonces algo que puede ser una explicación científica.

Bibliografía

- Alexéiev, Valerii Pávlovich y Abram Isaakovich Pèrshits, *Historia de la comunidad primitiva*, Moscú, Escuela superior, 1990.
- Beekman, Christopher, "Los estudios de caso históricos y su contribución al estudio arqueológico de los 'sistemas políticos'", en *Relaciones* núm. 82, Zamora, El Colegio de Michoacán, vol. XXI, primavera 2000, pp. 18-38.
- Carandini, Andrea, *Historias en la tierra, manual de excavación arqueológica*, Barcelona, Crítica, 1997.
- Manzanilla, Linda y Leonardo López Luján (coords.), *Historia antigua de México*, (Vols. I-IV), Miguel Ángel Porrúa (ed.), México, Conaculta-INAH/IIA-UNAM/Porrúa, 2ª edición, 2001.
- Martínez Bravo, Francisco Javier, "El patio hundido en la arqueología de Guanajuato: del concepto estático a la categoría histórica", en *Boletín del Archivo histórico municipal de Irapuato*, núm. 3, Irapuato, 2009, pp. 109-125.
- Martynov, Anatoli Ivánovich, *Arqueología*, Moscú, Escuela superior, 1996.

Martynov, Anatoli Ivánovich y Yákov Abrámovich Sher, *Métodos de la investigación arqueológica*, Moscú, Escuela superior, 1989.

Wenke, Robert J., *Patterns in prehistory, humankind's first three million years*, Nueva York, Oxford university press, 1990.

Segunda parte
Estudios de caso